

TOP SECRET

**MANUEL
DE
SAN JUAN**

OPERACIÓN CLEPSIDRA

LA BASE 211



El tiempo se nos acaba...

El final está cerca.

*“...No somos tan locos como para querer explicar la Historia por las sociedades secretas. Pero sí que veremos, cosa curiosa, que existe una relación y que, con el nazismo, “otro mundo” reinó sobre nosotros durante algunos años. Ha sido vencido, pero no ha muerto, ni al otro lado del Rin ni en el resto del mundo.
Y no es eso lo temible, sino nuestra ignorancia...”*

*“El Retorno de los Brujos”,
Louis Pauwels y Jacques Bergier*

*He aquí que quebrantaré el
sustento del pan en Jerusalén; y
comerán el pan por peso y con
angustia y beberán el agua por
medida y con espanto, para que
al faltarles el pan y el agua, se
miren unos a otros con espanto y
se consuman en su maldad*

Ez. 4: 16-17

Mi nombre es Giuseppe Giovanelli. Soy jefe de la seguridad personal del papa Martín VI, tengo 60 años, y desde hace unos 23 me encargo de cuidar de la protección de los papas, a pesar de que no pude evitar ni la muerte de Juan Pablo I, ni el no menos extraño y misterioso accidente en el que murió el antecesor del actual. Pero esas son otras historias. Esta empieza en un día especialmente señalado por los *hados del averno* como el del fin del mundo y comienza así:

—¿Quiere su santidad que el chofer traiga el coche hasta dentro del Vaticano?

—No, eminencia, gracias. ¿Acaso podrá pasar? Tengo ganas de caminar un poco, ya sabe usted que me gusta andar, además, tampoco será tanto.

—Como quiera. Hace una mañana espléndida, un día agradablemente otoñal. La gente está enfervorizada. Su paseo de hoy será memorable.

—Es usted muy amable, cardenal Catanzzaro.

—Gracias, santidad.

El santo padre bajó pausadamente, como pudo, lo que quedaba de las escalinatas del Palacio Cardenalicio sonriendo a unos y otros. Se sentía realmente bien, se había levantado temprano como era su costumbre y Maurizio le había preparado, dentro de sus posibilidades, un desayuno muy reconstituyente. Los guardias suizos se cuadraron a su paso, y como todas las mañanas, se acercó a hablar con ellos.

—¿Qué tal, muchachos? ¿Cómo estáis?

—Muy bien. ¿Y su santidad, qué tal ha pasado la noche?

—¡Ay, muchacho! —se dirigió a Hans, a quien le tenía un cierto afecto— Esta vieja carrocería no se corresponde con el motor tan bueno que lleva dentro.

—Quién tuviera su vitalidad, santidad. Es envidiable su aspecto y su jovialidad.

—Pues ya lo sabes, chico. Deja este trabajo y ve a hacer todo el deporte que puedas, o ayuda a los demás, que en este tiempo que corre, el ayudar a los demás es un ejercicio sano. Te lo recomiendo.

El cardenal Pier Luigi Catanzzaro, uno de los más cercanos asesores del papa, desaprobaba las licencias que se tomaba este con los guardias suizos, y con frecuencia le recriminaba. Su eminencia era, a pesar de su estrecha relación con el santo padre, uno de los más críticos con sus ideas, hasta el punto de haber votado en su contra en el cónclave y de oponerse abiertamente a la propuesta de recortes presupuestarios en el protocolo vaticano para destinar esas partidas a ayudas sociales allá donde hiciera falta. Había sido elevado al Colegio Cardenalicio por el anterior papa, al considerarlo un hombre versado en muchas de las disciplinas necesarias en la Iglesia actual, y por tanto competente para llevar a cabo una renovación en el seno del Vaticano. Su amistad e influencia con muchos de los hombres importantes del estado italiano habían reforzado la idea primigenia del papa anterior para su elección. Afirmaba con rotundidad que un hombre de su talla era conveniente para contrarrestar la creciente ola de anticlericalismo que cada vez más se hacía oír en el mundo.

Sin embargo, desde la finalización del cónclave y la elección del nuevo santo padre, las relaciones con este habían sido siempre tensas y desagradables. En muchos aspectos relevantes tuvieron serias diferencias y se mostró especialmente duro cuando el papa habló de las finanzas vaticanas y del Instituto para las Obras de la Religión. Solía decir que estas disciplinas son mundanas, y que no están reservadas para tan alta jerarquía, sino para sus cardenales y obispos, queriendo con ello ocultarle los

tapujos y maniobras que alrededor de la fortuna vaticana se amasaban. Había nacido en Scandiano, Módena. Estudió en Bolonia y su primera acción pastoral le fue encomendada en la iglesia de San Doménico en Ferrara como coadjutor de la parroquia. Después estuvo también con el mismo cargo en la propia catedral de Ferrara, para pasar ya como párroco de la iglesia de San Giacomo en la misma ciudad. A los cuarenta y dos años fue elevado a la dignidad de obispo de la diócesis de Viterbo, bajo la autoridad directa de la Santa Sede, desde donde le observaron con atención. Poco después fue solicitado para incorporarse a la Ciudad del Vaticano como delegado episcopal para los asuntos con el patriarcado de Venecia y las eparquías de Lungro y Piana degli Albanesi, sobresaliendo las soluciones en las gestiones realizadas, por su innata astucia.

Su santidad había salido ya a las inmediaciones de la Plaza de San Pedro. Realmente el gentío era inmenso, y aunque estaba acostumbrado a que sus antecesores también fueran aclamados por el pueblo, quedó gratamente sorprendido al ver tal aglomeración de feligreses que ahora era a él a quien vitoreaban. Un par de años atrás no podía ni imaginar que hoy sería el cabeza de la Iglesia Católica. Quién le iba a decir que la trágica muerte de su antecesor le catapultaría a la cima de la Santa Sede. Y es que a nadie convenció el accidente en el que murió el papa. Demasiados interrogantes y demasiadas preguntas sin respuesta me situaron contra las cuerdas como jefe personal de la seguridad del santo padre. Aunque esté mal que yo lo diga, mi simpatía y afabilidad natural se habían tornado en amarga melancolía al no haber podido frustrar el desgraciado suceso. Gustosamente habría dado mi vida para evitar la muerte de la persona que, después de mi mujer y mis hijos, más apreciaba.

Martín VI no dejaba de pensar en aquel día. Le había pillado la noticia en vuelo de Bamako a Ginebra, y como es lógico, todo el mundo en el avión estaba consternado. Incluso un árabe que viajaba junto a él, le vaticinó que no era bueno lo que estaba pasando en el mundo estos meses y que este fallecimiento empeoraría las cosas. Y aun sin saber qué era realmente lo que había pasado, cuando se conocieron más detalles del accidente, los rumores se sucedieron sin control por todas partes. No era fácil para él afrontar el papado en estas circunstancias. Le sucedía como a Juan Pablo II después de la polémica muerte de Juan Pablo I, solo pedía al altísimo que el Espíritu Santo le guiara igual que a Wojtila le guió durante su pontificado.

El cardenal Pier Luigi, era especialmente crítico con su santidad y este, intentaba hacerle recapacitar trabajando para que Catanzaro modificara su descortés forma de llevar los asuntos de Dios y le echara una mano en tan difícil trance. Con él a su lado, las dificultades que se presentarían podrían ser más llevaderas. No obstante, si no conseguía su colaboración, contaba con la ayuda inestimable de sus grandes amigos Michael Osborn y Enrico Babilani, quienes ya eran íntimos aun antes del cónclave. También era una gran ayuda el camarlengo, que se había distinguido siempre por su equilibrada y recta conducta, estuviera quien estuviera al frente de la Iglesia, y por tanto era una garantía de cordura y rectitud. Y qué decir de su amigo de siempre, Salomón Velasques. Había conocido al joven argentino en la misión de Tombuctú allá por los años 70, antes de acabar el seminario y desde el primer momento hicieron muy buenas migas. Junto a él siempre se sentía seguro y respaldado.

La mañana se mostraba luminosa y de una claridad llamativa, el griterío de la multitud era ensordecedor y el sumo pontífice apenas podía distinguir ninguna cara de las que le vitoreaban. Iba saludando a un lado y a otro, precedido por dos guardias personales gigantones que le impedían ver con detenimiento detalles de las personas que se habían acercado a conocer al papa. Se saltó el protocolo una vez más y se acercó a una de las vallas que contenía al enfervorizado público y comenzó a dar la mano uno tras otro a jóvenes seminaristas, a monjas ancianas y a novicias, público en general, piadosos y fervientes cristianos llegados de todas partes a rendir homenaje al papa. Una mano se sucedía tras otra y él con mucho gusto y una alegría inusitada en su corazón iba estrechándolas con efusión desbordada.

De entre la muchedumbre alguien saca un revólver justo al paso del pontífice y le dispara a bocajarro dos tiros en el pecho y se pierde entre la multitud. Los hombres del servicio secreto se lanzan tras el agresor, que por escasos segundos se desvanece entre el gentío. Como una miríada de palomas cayendo sobre las migas de pan se abalanzaron los agentes de la seguridad del papa sobre él. Una ambulancia salió a toda prisa hacia donde se encontraba el cuerpo del santo padre. Los primeros en llegar al herido hicieron un corro alrededor suyo, de forma que nadie pudiera atisbar el estado de salud de Martín VI. El público cercano al suceso lloraba amargamente. Las monjas, abatidas, rezaban por el romano pontífice. Los agentes de seguridad que perseguían al criminal, no consiguieron

encontrarle a pesar de su destreza en este tipo de casos. La gente estaba deshecha, y cuando el resto de la Plaza de San Pedro se enteró de lo sucedido la consternación cayó como una losa sobre todos los presentes. Con inusitada rapidez le introdujeron dentro del vehículo, negándome a que nadie nos acompañara excepto los médicos y enfermeros que le iban a asistir. La ambulancia sorteó como pudo al personal congregado y no fue al hospital de Roma, sino que se dirigió a la UVI que dentro del Vaticano se había dispuesto unas semanas atrás, al mando de la cual estaba la más prestigiosa doctora de urgencias del mundo, junto con un elenco médico que para sí quisieran los mejores hospitales. Ella fue la primera persona que le asistió dentro de la UVI móvil.

Los medios de comunicación estaban consternados, los presentadores y cámaras que cubrían el evento apenas podían contener las lágrimas. Lógicamente los más sensacionalistas pronto empezaron con las teorías conspirativas y apocalípticas, no exentas siempre de un público fervoroso de estos temas. Sacerdotes, cardenales y demás miembros de la curia romana se pusieron a rezar por la recuperación de su santidad. Muchas personas que desde los propios domicilios habían contemplado lo sucedido por la televisión lloraban al igual que los peregrinos de la Plaza de San Pedro. Otros, sin embargo, veían con indiferencia el magnicidio, al fin y al cabo no era el primer mandatario que era tiroteado: Reagan, Nasser, Gandhi, Kennedy, el propio Wojtyla..., y el mundo había continuado girando.

Los minutos se sucedían con extremada lentitud. El atentado había sido perpetrado pasadas las once y ya eran casi las doce y no se sabía nada del estado del santo padre. Los médicos estaban trabajando a conciencia y no era momento de interrumpir para conocer cómo iban las cosas. Seguro que en cuanto se supiera algo, bueno o malo, la doctora saldría a informar, primero a mí, que como jefe de la seguridad personal del sumo pontífice debía conocerlo antes que nadie, y luego canalizar la información según el protocolo. No tardaron en llegar a las dependencias médicas los más allegados: los cardenales Babilani, Osborn y el cardenal Tartesso; el secretario personal Velasques y la hermana menor del papa. Todos presos de la más honda preocupación. Naturalmente, les animé aunque con poca dificultad pude conservar la entereza sin dejar entrever en mi rostro el menor atisbo de inquietud, y eso que la cosa se presentaba mal.

—No temáis, está en las mejores manos. Previendo una situación como esta, trajimos a la doctora Ilanah Kuri porque es la mejor del mundo, aunque si he de ser sincero, habría dado mi vida porque jamás hubiera ocurrido. Es libanesa, educada en Israel y Estados Unidos, era responsable del servicio de urgencias del hospital Monte Sinaí, en Nueva York, antes de aceptar nuestro ofrecimiento —yo no sabía qué decir en estos casos y hablaba como si tal cosa no hubiera ocurrido. Había aprendido desde lo de Juan Pablo I que debía mostrar nervios de acero y el temple debía ser mi única apariencia.

—¡Al fin se ha perpetrado! Lo que nos temíamos ha sucedido —expresó muy inquieto, casi gritando, el secretario del papa—. La infamia se ha cometido. ¿Cómo habéis consentido que esta mañana saliera sin protección? ¿Estáis locos?

—Calma, amigo. Tranquilízate —intenté como pude refrenar a Velasques, aunque estaba visiblemente preocupado.

—No me puedo tranquilizar. ¿A quién se le ocurrió semejante barbaridad?

—Calma, Salomón, no podemos hacer ahora otra cosa que rezar. De nada van a servirnos los reproches —Marien, la hermana menor del papa, también intentaba apaciguar los ánimos. Ella era una de las más dolidas y sin embargo no quería personalizar en mí lo sucedido.

Llegó visiblemente consternado el cardenal Catanzaro, echándose las manos a la cabeza y culpándose de lo sucedido.

—No tenía que haber accedido a su petición, no señor —el pobre hombre, a pesar de sus diferencias con el papa, se veía responsable del magnicidio por haber consentido a la petición del sumo pontífice.

—Tranquilícese, cardenal —quise poner un poco de cordura en todo lo que estaba ocurriendo, si es que se podía hacer semejante cosa en ese momento. Quizá el que no estaba en sus cabales era yo, pero habían sido largos años de férreo entrenamiento para que si llegaba una ocasión como esta, supiera estar a la altura, y no perdiera los nervios, y por desgracia ya era la tercera. Eran unos instantes muy delicados en los que había que prestar toda la atención del mundo.

—¿Cómo voy a tranquilizarme? ¿Es que no ha visto usted lo que ha ocurrido? En cierto modo yo fui el que aplaudí su idea. Contrariamente a mi parecer en cuanto a sus acciones, esta me pareció excelente y cuando le dije si quería el coche y me dijo que no, pensé que tenía mucho valor. ¿Quién podía imaginarse esto?

—No se mortifique, cardenal, este tipo de cosas son impredecibles, y usted lo hizo perfectamente —intenté tranquilizarle como pude, aunque Salomón no era de la misma opinión y se encaró con él.

—¿Que no se mortifique? ¿Quién es si no el responsable de lo sucedido? Desde que fue nombrado solo le ha puesto trabas en su misión, que no es otra que la de todos nosotros, y por supuesto también la de su eminencia. ¡La de usted! No tenía que haber aprobado en absoluto tal locura, ahora mire como nos vemos. ¿Se da cuenta? —le preguntó de muy mala forma el argentino.

—Por supuesto que me doy cuenta. No sé cómo ha ocurrido ni por qué —exclamó Cattanzaro retirándose con preocupación a un lugar más apartado.

Varias monjas del servicio personal de Martín VI se acercaron también visiblemente afectadas: las hermanas Francesca, Mikhaila y Johana fueron las primeras en llegar, después aparecieron la superiora sor Anggela, y las hermanas Madeleine y Bennedetta, que era la más joven de todas y la preferida de su santidad por su incomparable dulzura. Los cardenales Babilani, Tartesso y Osborn permanecían de pie, hablando de lo sucedido y esperando un hipotético fatal desenlace. El camarlengo de la Santa Iglesia Romana, sucesor de las antiguas responsabilidades del vicedóminus, repasaba los pasos que tendría que dar, la forma en que tendría que ser enterrado el Pontífice, la destrucción del sello papal, la convocatoria del cónclave, las largas e interminables sesiones, las impertinencias de tanto estúpido, que a veces no sabía qué demonios hacía el Espíritu Santo con tanto aprovechado y cómo la Iglesia había llegado hasta aquí. Claro que parece que al final el Paráclito sí inspiraba a los presentes y las cosas se resolvían dentro de la lógica pero, ¿y en esta ocasión? ¿Qué pasaría? Ninguno de ellos se acercó a Cattanzaro ni al secretario particular. Tampoco cruzaron palabra conmigo salvo las primeras para interesarse por el estado del papa y después ellos estuvieron apartados todo el tiempo, si acaso con Marien intercambiaron algunas frases sueltas sin demasiada concatenación. Cada vez que Velasques se cruzaba con Cattanzaro evitaba su mirada como reprochándole lo sucedido. Pude observar que el resentimiento hacia él se adueñaba de sus ojos irritados y llorosos y, lo que es peor, también de su naturaleza. Esperaba y deseaba que no fuera generalizado y que el argentino volviera a ser el hombre chisposo y genial que siempre había sido y por lo que se había distinguido desde joven. Si su santidad salía de esta, de lo cual yo estaba convencido, tendría que confesar a conciencia a todos estos, en teoría hombres santos, que a la más mínima que se tambalea su posición en la vida, conspiran, hablan mal de sus compañeros y pecan no sé contra cuántos mandamientos. Realmente el Espíritu hoy tiene mucho trabajo dentro de la propia casa, no tiene necesidad de salir fuera para redimir a tantos pecadores.

La doctora Ilanah nació en Beirut, cuando en el Líbano abundaban la riqueza y la libertad, tanto de credos como de cultura, y desde joven destacó por su brillantez en la escuela elemental. Creció y sus padres, poderosos y acaudalados banqueros, le proporcionaron la mejor educación que se podía tener en el país por aquel entonces. No desaprovechó la oportunidad y se graduó *cum laude* en la Universidad Estatal de Beirut en Medicina, para viajar al año siguiente a Londres donde cursó Medicina Interna con el prestigioso doctor Jenkins, quien decía de ella que pronto le aventajaría en conocimientos, habilidad y presteza. No tardó mucho tiempo en ser reclamada por el Instituto Smithsonian de Massachusetts para dirigir la recién creada especialidad de Urgencias del nuevo hospital que estaban terminando de construir. Apenas tenía veintisiete años y ya había recorrido medio globo terráqueo, sus padres estaban muy orgullosos de ella. Cuando estalló el conflicto en el Líbano y la guerra civil se extendió por todas las ciudades, supo que ya no regresaría jamás allí y su madre emigró después de que asesinaran cruelmente a su padre. Jamás miraría con paz a los responsables del asesinato de su querido *abba* como ella le llamaba cariñosamente y a quien adoraba, pues él le animaba y apoyaba en todas sus decisiones incluidas las de las amigas que debía o no elegir o los chicos con los que salir. Sentía por él verdadera pasión y jamás perdonaría a los cómplices de semejante crimen. Con la seriedad y elegancia que le eran propias desde jovencita, abrió la puerta del quirófano y asomando la cabeza me llamó y acudí con rapidez.

Capítulo I

Lo que los servicios secretos de los gobiernos más importantes del mundo vienen negando sistemáticamente y jamás estarán dispuestos a admitir.

El Complot.

Seis meses antes. 9 de mayo.

Al sudeste de Francia, a unos 300 kilómetros de Avignon y 200 de Lyon, no lejos de Ginebra, en Moûtiers, un pueblecito de montaña de apenas unos siete mil habitantes, un coche azul oscuro se acercaba al pueblo. Avanzaba por la Faubourg de la Madeleine adentrándose en la población, continuó despacio por la Avenue du 18 de Mai 1945 y se detuvo al final de la calle. La Place de La liberté se encontraba justo delante. Se abrió la puerta trasera del vehículo y descendió un hombre mayor, de unos 65 años, delgado, peinado con la raya en un lado y con un bigote igual de canoso que el cabello. El chófer permaneció en su puesto. Echó una mirada alrededor suya y vio una pequeña cafetería. Se dirigió a ella. Al entrar, pidió con acento que parecía ruso una cerveza al camarero y le preguntó si existía en el local un reservado, pues había quedado con unos amigos y le interesaba que fuera una reunión un tanto discreta. El camarero le contestó que sí y le dirigió al sótano, un lugar muy agradable que habían convertido en bodega tras ser recuperado de unas antiguas termas romanas en el subsuelo.

—Me gusta —dijo el forastero. Y salió a la plaza a esperar pacientemente a sus invitados, mientras el chófer descendió al subterráneo, sacó un aparatito un tanto peculiar y escudriñó por todos los lugares que le parecieron de su interés. Cuando acabó le dio el visto bueno al compañero, quien se quedó más tranquilo.

Con el paso de los minutos, fueron llegando a la localidad varios coches más. De un AUDI A4 rojo bajó Mr. Owen, un hombre negro de alrededor de unos 50 años, con el pelo entrecano y de porte elegante. Saludó con un apretón de manos al convocante de la reunión y charló junto a él unos minutos hasta que llegó un Renault Laguna bronce del que se bajó una bella mujer rubia. La hermana sor Madeleine iba vestida con un traje vistoso aunque sencillo, sin demasiadas pretensiones. Tenía alrededor de 40 años muy bien llevados. Cualquiera diría que tenía esa edad, parecía mucho más joven y su belleza contrastaba con su vocación. Era del tipo de mujeres a las que siendo tan hermosas, el camino del celibato les debería estar prohibido. Fue saludada por los dos caballeros y comenzaron a charlar entre ellos. Mientras, un Citroën C5 azul marino trajo a un árabe muy bien ataviado a la europea. Sus casi 80 años, su porte elegantísimo y por supuesto su arrogancia le hacían sentirse superior a los demás.

De un Mercedes C300 color negro descendió otro invitado con poco pelo, ancha nariz y un fenomenal puro entre los labios. Con un fingido agrado fue saludando uno por uno a los que le esperaban. Cuando llegó a la mujer se detuvo especialmente, le cogió la mano, y se la besó. Ella rehuyó el gesto, nunca le había gustado este individuo, y él soltó una risotada exhalando el desagradable humo del puro. Entraron a la cafetería y pidieron al camarero que les sirviera unas cervezas mientras esperaban a los demás. El árabe se excusó y sor Madeleine hizo lo mismo. Mientras, un extraño personaje se acercó a ellos. Parecía un pordiosero, con el pelo blanco y bigote y cejas totalmente negras.

—¡Qué mal caracterizado vienes, Mihail! —exclamó el del puro guaseándose.

—Es mi pelo original, no vengo de nada, yo soy así —exclamó visiblemente molesto el recién llegado.

—¿Dónde has dejado tu coche? No lo veo —preguntó Owen.

—Ya sabéis que ante vuestros elegantes *utilitarios*, mi pobre cacharrito es una ridiculez, así que lo dejé un par de calles más abajo.

—¿Cuándo vas a cambiar esa vieja chatarra por un coche de verdad, de los de ahora? —insistió el inglés.

La verdad es que venía un tanto desaliñado y contrastaba con la discreta elegancia de los demás. Entretanto, otro coche llegó a la plaza. Se trataba también de otro vehículo nada relevante, de una marca extraña. Un hombre chino bajó de él y se encaminó a la misma cafetería que los demás.

De un llamativo Chevrolet todo terreno descendió un señor de unos 60 años, con el pelo totalmente blanco, chaqueta oscura y pantalón claro. También se dirigió al bar saludando a los demás. Una moto de gran cilindrada, una Goldwing amarilla espectacular, se adentraba por uno de los laterales de la plaza. Un hombre vestido con cuero negro y casco de un vivo color azul, la montaba. Se detuvo ante el bar y descendió de ella, se quitó el casco, dejando al descubierto una calvicie total, que se notaba que estaba rasurada y un poblado bigote oscuro que le llegaba hasta al mentón. Unas gafas negras ocultaban sus ojos claros. En un lateral de la cafetería, un hombre tomaba una cerveza negra ajeno a todo el trajín que se había ocasionado con la llegada de tanto forastero inesperado. Cuando entró el último de ellos, se dirigió al grupo dando palmas y con un tono un tanto jocoso.

—Bueno. Ya estamos todos.

—¡René! No sabíamos que estabas aquí, creía que eras un lugareño —comentó un tanto desenfadadamente Sergei, el anfitrión.

—En la discreción está el éxito de nuestro trabajo —respondió el francés.

—¿Podemos pasar al reservado que le pedí? —preguntó Sergei al camarero.

Descendieron a la bodega y tomaron asiento. Unos toneles hicieron de improvisadas mesas donde el camarero les abrió varias botellas de vino de la región de Saboya.

—¿No tienes Burdeos o Borgoña? —solicitó el del puro.

—Benjamín, no empieces. Tómate lo que te pongan y ya está, no molestes más —inquirió René al israelí.

—Acabo de llegar y ya te estás metiendo conmigo. Hagamos turismo gastronómico —exclamó algo extrañado por la impertinencia del francés.

—Por eso. Y ya estás dando la nota. Anda, ven a mi lado, que te contaré un par de chistes obscenos. Deja el vino.

—No, ahora no, que está la monja aquí delante —volvió a comentar desagradablemente entre cónicas muecas el judío.

—Esta hermana no se toma a mal los mundanos y cochinos chistes que podáis contaros. Sobre todo si no los escucho —unos perfectos labios, apenas tintados levemente con un suave carmín sonrieron agradablemente a la vez que contestaba a ambos hombres, con la mayor de las dulzuras y una voz angelical.

—No has cambiado en nada. Tu delicadeza y elegancia te dignifican —le dijo el árabe a sor Madeleine.

—No me adules, Abd el Rahman, ya sabes que nunca me haré musulmana.

—Te haría la mujer más rica del mundo, ya sabes la admiración que te profeso. Estaría dispuesto a todo por ti.

—¿Delante de estos amigos? Una declaración de amor como esta, se sale de contexto, querido. ¡A solas no te atreverías! —contestó la hermana con notable malicia mientras le miraba con cierta picardía por encima del hombro.

—Es que a solas, jamás me dejarías que lo hiciera —encima, tenía que soportar que le contestara con el sonsonete de *querido*. Sabía que estaba jugando con él.

—Por supuesto, querido, ni lo sueñes.

—¡A ver! ¡Estos amantes! ¿Queréis dejar estas escenitas hollywoodienses para otros momentos? —cortó Otto la representación amatoria de la pareja— ¿Por qué no dejáis esas bromas de mal gusto para cuando no estemos los demás?

—Bueno, bueno, si no ha sido para tanto —se excusó la monja—. Otto, guapo, déjame tu casco, yo lo sostendré mientras tenemos la reunión, así puedo apoyar los codos en él.

—¿Qué pretenderá usted haciéndome a mí una fineza?

—Centremos el tema que nos ha traído aquí —atajó a unos y a otros James O’Connors, el representante de la NSA norteamericana.

—A nosotros nos parece que lo que se pretende es una locura —Wang Xing fue el primero en hablar y no mostraba un claro apoyo a la empresa—. No obstante, creemos que el *Club* debe madurar bien lo que se tiene previsto, no es cuestión de emprender alocadamente un camino del que no sabemos cuál puede ser el fin.

—Deberíais de tenerlo bien claro, excelencia —le respondió Grushov, a quien no le gustaba nada vestirse como los elegantes caballeros que tenía delante, prefería una vestimenta más modesta—. El comunismo está debilitadísimo y sería para la causa un golpe de efecto importante.

—Solo que del resultado de esta empresa no nos podemos apropiarnos ninguno de los aquí presentes, salga bien o salga mal —aclaró el israelí—. La discreción deberá ser nuestra tónica dominante.

—Por una vez y sin que sirva de precedente estoy de acuerdo con mi colega Benjamín —el árabe, una vez descongelada la relación con los demás, gracias en parte a sor Madeleine, bromeaba con lo que presentó el judío.

—¿Que tienes que decir? —preguntó O’Connors al inglés.

—En Londres, pensamos que lo que plantea el *Club* es una locura. El simple hecho de esta reunión no tiene precedentes. Si acaso, la planificación del atentado de Madrid. Pero el alcance de lo que aquí se expone está muy lejos de ser una nimiedad.

—Le doy la razón, pero en esa reunión había gente de su país, ¿no? —intervino la monja—. Desconozco quién ha sido el ideólogo de este plan. Me da igual. Hay que reconocer que es audaz, muy audaz. Pero no sé si han medido las consecuencias. A mí en concreto, y aunque no deba someter este trabajo a crítica alguna, me da mucho reparo, y por supuesto miedo. Creo que el objetivo es lo más difícil que se nos ha planteado nunca, y veo una dificultad extrema en llevar a cabo esta misión.

—Debo recordaros que nunca antes habíamos llevado una acción conjunta de todos nuestros servicios de inteligencia —aclaró Mr. Owen.

—Ni volverá a ocurrir —aseveró rápidamente Sergei.

—¿Y por qué no? Yo me encuentro muy a gusto entre tanto hombre guapo.

—Hermana, deje usted las tonterías para cuando esté a solas con el jeque —Otto no había abierto la boca nada más que para increpar a la monja en un par de ocasiones.

—Disculpa, pero no iba contigo ni lo de guapo ni por supuesto lo de hombre.

—¡Me cago en...! Porque los hábitos le protegen y tenemos un trabajo que hacer, que si no...

—¡Chsss! ¡Silencio! ¡Otto! ¡Repito! ¡Ni guapo, ni hombre! —volvió a contestarle la monja. Había que reconocer que tenía mucho valor, desde luego. Él se sentó malhumorado, hizo caso omiso con un gesto despectivo y dejó que otros siguieran con la conversación.

—¡Eh...! ¡Que yo no soy jeque! —el árabe también protestó con cierto descontento, visiblemente contrariado por el comentario.

—¡Vale ya! —cortó en seco Mr. Owen—. No hemos venido a discutir, sino a ponernos de acuerdo y preparar un plan estratégico para llevar a cabo una misión muy importante que el *Club* nos ha encomendado, y tenemos que ponernos de acuerdo. Nos guste o no.

Una camarera de piel morena, con unos preciosos ojos azules y un llamativo lunar en el lado derecho de la boca, entró en la bodega a servir más vino. Trajo otras botellas que descorchó delante de ellos y se marchó.

—¡Eh, chica! ¡Espera! ¿Quién eres tú? —preguntó a la muchacha el israelí, perro viejo ya en todos los sentidos, no fiándose de ella.

—No le entiendo, no hablo su idioma —contestó la joven en español.

—¿Eres española? —le respondió Benjamín en el mismo idioma.

—No, soy argentina. ¿Y a usted qué le importa? —declaró ella con la mayor naturalidad.

—¿Por qué no estabas esta mañana en la cafetería cuando llegamos?

—¡Déjala ya! Chica, ¡márchate! Y muchas gracias por el servicio. Eres una joven muy bella —Mr. Owen contradujo al israelí hablándole a la joven en español.

—Gracias, señor. Y usted, muy amable —y se marchó.

—No sé lo que pretendes, pareces estúpido. Si interrogas a la muchacha la puedes poner sobre aviso y como mínimo puede sospechar de nosotros y de esta reunión —el inglés intentó explicarse.

—En este trabajo no te puedes fiar de nadie, ni siquiera de ti me puedo fiar —le contestó un tanto molesto el israelí.

—Naturalmente que no, pero ¿por qué no te puedes fiar de la chica?

—Es una corazonada. No lo sé, y ahora que se ha identificado aún menos. ¿Qué tiene que estudiar una argentina en un pueblecito como este? ¿No sabe hablar francés y cuando la he llamado se ha vuelto? No me lo creo, no señor, yo no olvido una cara, y esta seguro que no se me va.

—Ni tampoco olvidas unas tetas. Benjamín, eres muy cabrón. Deja ya a la chica. Tómate esto más en serio y olvídala —Sergei creía que se estaba perdiendo el tiempo, eran las once de la mañana y quedaba mucho por hablar.

—Tomo tus palabras con agrado, porque sé el afecto que me tienes —sonrió socarronamente el judío.

—Desde luego, no he visto nada más ineficaz que una reunión con hombres. En el convento tenemos las cosas mucho más claras y somos más resolutivas.

—Claro, ustedes son perfectas —otra vez más, el calvo de Otto se metía por en medio contra la monja.

—¡Ay, qué hombre más cascarrabias, por Dios! Y eso que no tiene un pelo de tonto..., ni de listo —le contestó con su delicadeza habitual y una ironía muy fina.

—Nada, que hoy no acabamos. Llevamos ya alrededor de media hora sin hacer nada —Sergei no cesaba de quejarse y con razón.

—Vamos a centrar el tema —aportó acertadamente de nuevo Grushov.

—Sí, creo que es lo más acertado —aseveró sor Madeleine—. Quiero decir sobre este tema que, por supuesto, también nos parece una operación tremendamente comprometida, pero que debemos abordarla sin más tardanza.

—Continúo con mis palabras que tan desatinadamente ha interrumpido la hermana —inquirió con cierta maldad de nuevo el ruso, mientras se oía murmurar a la monja—. No se puede continuar con el desorden actual. Nuestro gobierno y sobre todo nuestro presidente no olvidan la desarticulación de la Unión Soviética. Nos gustaría que quien hubiera tenido responsabilidad en la desmembración de mi patria, lo pague.

—Bueno, no os pongáis tremendistas, no olvidéis que fue el propio Gorbachov quien ya empezó con la Perestroika en la Unión Soviética, luego continuó Boris Yeltsin entre botellas de vodka —intervino la monja muy puesta en su sitio.

—Creemos que la democratización que está sufriendo nuestra China y el creciente capitalismo galopante, no se pueden consentir, y no estamos dispuestos a consentirlo —Wang Xing expuso muy brevemente su postura.

—¿Y qué me decís del desorden que reina en los países musulmanes? —apostilló Abd el Rahman.

—Vosotros os desprestigiáis solos, no necesitáis ninguna injerencia externa. Si vosotros mismos no sois capaces de controlar a los extremistas. Ellos son los que más musulmanes asesinan. Mirad si no en los países de los Tuaregs —la monja no se dejaba acallar por nadie. Su rebeldía habitual le exigía rebatir a todo el mundo

—Bueno, señores, vamos a ser serios, ya sabéis que en cada uno de los países han ocurrido circunstancias peculiares y distintas, que cada uno de ellos ha tenido su propia historia —René intentó desdramatizar un poco la reunión, pero sin saber qué más decir al respecto, optó por un prolongado silencio.

—Y por si faltaba poco, ahora el ecumenismo — se quejó la monja—, no ya entre los mismos cristianos, sino que el acercamiento al islam, eso sí que no. En la congregación no lo aprobamos, no ya nosotras solamente, sino que hablo en nombre de algunos de los principales prelados del Colegio Cardenalicio. No puedo revelar sus nombres, pero es cierto lo que digo.

—¿Y por eso pensáis que tenemos que hacer lo que se está proyectando? —preguntó Otto al resto de contertulios.

—Es totalmente necesario —respondió como accionado por un resorte Grushov.

—El calor de este recinto os está trastornando la cabeza. A lo mejor es el vino el que está actuando —replicó muy tranquilo de nuevo Otto con firmeza a la par que miraba a sor Madeleine con desdén, sin creer lo que estaba escuchando, y menos de la monja.

—Creía que habías venido para colaborar, no para poner pegas —se levantó de su silla visiblemente alterado Wang Xing.

—Y yo creía que veníamos a debatir algo importante, no a dar ya por decidido un tema muy peliagudo y de muy difícil comprensión para la ciudadanía —protestó otra vez con muy malas maneras.

—No seas niño. De sobra sabes que nosotros estamos aquí solo para decidir cómo se va a ejecutar el plan, puesto que este ya está decidido de antemano por quienes nos ha enviado aquí. Tú ya no tienes poder de decisión más que para preparar el día, la hora y el operativo. ¿Te has enterado? —en su tono habitual de desprecio hacia la monja le había dejado claro qué es lo que se esperaba que hiciera, ante lo cual, Otto se dejó llevar por las palabras de sor Madeleine y guardó silencio sin oponer mayor resistencia.

Mientras tanto, fuera del reservado, la camarera Patricia continuaba con su trabajo en la barra de la cafetería enjuagando unos platos para colocarlos en el lavavajillas. Una señora de unos treinta y cinco años entró al bar, se acercó a la joven y le saludó.

—¿Qué tal, Patricia?

—Todo en su sitio, comisaria. Creo que no sospechan nada.

—Estupendo. En la furgoneta, están Franklin y Letelier con las escuchas —quiso aclarar la jefa superior de policía del distrito norte de París.

—Bueno, tengo que comentarle que uno de ellos se ha encarado conmigo, y sospecha que una argentina no tiene por qué estar aprendiendo francés a la par que trabajando. Es un tío raro.

—Te dejo. Cuídate. Me voy con los chicos fuera.

—Tendré cuidado, comisaria.

Al cabo de unas horas salieron visiblemente contrariados. El israelí buscó entre el personal que estaba en la cafetería a la muchacha, al verla trabajando detrás de la barra se sintió algo más aliviado, aunque no las tenía todas consigo. La miró concienzudamente «está muy buena la jodida... Ese lunar...», se dijo para sí mientras ella continuaba con su trabajo sin levantar la mirada. Benjamín seguía sin estar convencido de la muchacha, algo le decía que no era una camarera. Sin mucho más que decir después de la reunión, se fueron despidiendo los unos de los otros sin apenas protocolo. Sor Madeleine con una amplia sonrisa se dirigió especialmente a Otto.

—Chico, disculpa mis modales, ya sabes que en el convento no estamos acostumbradas al trato con los hombres y probablemente no haya sido del todo correcta contigo.

—Hermana, no me toque las narices. Demasiado sabe usted tratar con hombres y si no lo hace conmigo es porque no le da la real gana.

—¡Ay, hijo! ¡Qué bruto que eres! Aunque es cierto..., sí, soy especialmente cruel contigo. Je, je.

—¡Me cago en...! Otra vez se ha reído de mí.

—Claro, tonto, cada vez que quiera. No creas ni por un momento que cuando sea amable contigo es porque realmente quiero serlo.

Otto volvió a hacer un despreciativo gesto hacia la monja, soltó un exabrupto, le dejó con la palabra en la boca, dio media vuelta y se alejó de ella. No merecía la pena tomarse disgustos por una mujer como ella. Sin embargo Abd el Rahman se le acercó y trató de consolarla:

—Mujer, no voy a estar mucho más tiempo suplicándote tu amor. Es más, no creo que Alá me deje vivir muchos años más. Tengo setenta y ocho y se me está acabando el tiempo.

—No digas tonterías, estás fuerte como un roble y tienes un porte fenomenal. Ya nos gustaría a muchos llegar a tu edad con tu jovialidad —¡por Dios, otro hombre dándole el tostón! y encima tenía que ponerle buena cara.

—Son de agradecer tus palabras. Eso lo decimos todos cuando tenemos menos años, pero ya con los míos, son palabras manidas y bastante deterioradas. Volviendo a lo que de verdad me importa. ¿Qué puedo hacer para conseguirte? Ya sé que no se lleva entre vosotros lo de camellos y eso, pero podría hacerte inmensamente rica. Daría a tu comunidad lo que me pidieran por ti.

—Eres una diabólica tentación, amigo mío —una sonrisa adornó de picardía esa frase, acompañada del travieso guiño de un ojo—. No creo que mi comunidad pidiera mucho por mí, soy una simple servidora de Dios, a quien pertenezco y a quien me debo. No hagas muchas cuentas con la dote de mi humilde persona.

—Llevo muchos años detrás de ti y no cesaré en el empeño. Paso muchas lunas pensando en tu amor y el recuerdo de tu hermoso pelo me embriaga como pecaminoso licor.

—¿Qué te hace pensar que dejaría el amor de Dios por el amor tuyo? ¿Te crees acaso más importante que Él?

—Yo no he dicho eso. Soy respetuoso de Alá y por supuesto también de tu Dios. No quiero suplantarle ni mucho menos, pero no serías la primera mujer que cuelga los hábitos por el amor de un hombre.

—Ni sería la última en caso de que accediera. Pero de momento no pienses en esa posibilidad. Dedícate a lo tuyo, cuida de tus otras mujeres e hijos y olvídate de mí. No tengo intención de dejar los hábitos y por supuesto, no por un hombre. Perdóname.

—No hay nada que perdonar —y diciendo estas palabras el árabe dio por terminado el cortejo y se alejó de la mujer.

—¡Por Dios, qué hombre más insistente!—, pensaba sor Madeleine para sí. No era momento ahora de conocer varón alguno, ¡lo que le faltaba! Tenía demasiadas ocupaciones como para atender a un marido, y encima difícil como, sin duda, tendría que ser el viejo. Además, su *labor pastoral* le fascinaba. Eso sí, en cuanto llegara a Roma tendría que confesarse, estaba siendo cruel y muy maliciosa, y encima le estaba gustando. Su confesor le llamaría la atención con toda seguridad por tanto coqueteo. En la furgoneta, Franklin le explicaba a su jefa:

—Creo que estamos ante algo muy serio, me da la sensación de que se nos escapa de nuestras manos, que esto no es para nosotros.

—Tonterías, claro que es para nosotros, y seremos nosotros quienes resolvamos este caso.

—Hay agencias nacionales en todo este entramado, es un caso muy difícil. ¿Qué has sacado en claro de las escuchas? —quiso saber Franklin.

—Están tramando un complot y cuando hay tantas agencias implicadas, se trata sin duda de algo gordo —aclaró la comisaria—. Os habréis dado cuenta de que tenemos a la flor y nata del espionaje internacional.

—Sí, he visto cuán granado es el elenco de asistentes a esta reunión. Pero, ¿por qué aquí? Je, je, no te esperabas tú esto cuando te enteraste de esta convocatoria.

—Anda que si no llegamos a interceptar esa llamada a René nos perdemos esta fiesta —sostuvo con firmeza la rubia jefa de policía.

—¿Cómo llegaste a la conclusión de que aquí habría una reunión semejante, Rafaella? —quiso saber su joven ayudante Françoise.

—Realmente nosotros no debemos espiar a los espías, pero es que René en esta ocasión ha sido especialmente descarado y no he tenido más remedio que meter las narices.

—No te entiendo. ¿Por qué ha sido descarado? ¿Acaso no ha hecho bien su trabajo? ¿En qué te basas para hacer esa afirmación? —quiso saber más el joven.

—René y yo tenemos cierta amistad y nos vemos con asiduidad. Hace unos meses estábamos tomando un café en Lyon cuando le llamaron por teléfono. Él se separó de mí para hablar y al momento supe que se trataba de una llamada especial, ya que cuando volvió hacia mí no era la misma persona, estaba inquieto y no se centraba en la conversación. Como sabes la mala leche que tengo, le hice unas cuantas preguntas bastante comprometidas, a las que me respondió con monosílabos y evasivas, y claro, eso a mí me excita. Es superior a mí. Así que lejos de pensar que no iba conmigo, me puse manos a la obra, interceptamos aquellas llamadas y aquí estamos —comentó Rafaella.

—Quiere decir que se acuesta con él y que la llamada le molestó especialmente porque pensaba que era otra mujer y, claro, como no es celosa... —le aclaró muy groseramente Franklin a Françoise.

—¿A ti que te importa? —saltó con muy malas formas la inspectora.

—Solo le aclaro al muchacho el escenario. Le estoy desmitificando la situación para que no te tenga en un pedestal, que no crea que eres santa Rafaella —contestó el policía, al parecer, dolido.

—Ahora soy yo la que le aclararé al chico lo que aquí ocurre. Verás, este cabrón me quiere llevar a la cama y no sabe cómo hacerlo y como resulta que eso nunca ocurrirá se lo toma de esta manera. Pretende vengarse de mí haciendo estas escenitas.

—No te lo habrás creído ni por un momento, ¿verdad? —le preguntó Franklin al joven.

—Bueno, yo... —no sabía qué decir. Realmente, estaba en una situación comprometida entre su jefa y su compañero.

Al entrar Patricia en la furgoneta se relajó la tensión. Para el joven fue al contrario. La atractiva camarera le ponía los ojos en blanco al veinteañero cada vez que la veía y eso que nunca iba provocativa, pero unas carnes jóvenes y bonitas, despiertan en los muchachos de esa edad toda la testosterona.

—Chico, céntrate en lo que estás haciendo, que te has quedado boquiabierto —Rafaella llamó la atención del joven que se había quedado embelesado ante la figura tremendamente cautivadora de la muchacha.

—Disculpe, señora. ¿Qué quiere que haga ahora? —preguntó Françoise visiblemente nervioso.

—Vamos a ir recogiendo, que nos vamos a la prefectura.

—Perdone que le haga una pregunta un tanto comprometida. Si René y usted se conocen, ¿no le ha parecido un tanto comprometido entrar en el bar estando él dentro? —preguntó interesado el joven.

—Tenía conocimiento de todo por Patricia, además sabía que tardarían por las escuchas que estábamos haciendo. ¿O es que no te has dado cuenta?

—Ya sabe usted que mi inglés no es muy bueno —se defendió el chico.

—Como ayudante mío te voy a exigir mucho. Soy una mujer muy rigurosa. Incluso conmigo.

—Y yo estaré a la altura, se lo prometo.

—No prometas nada, niño —le cortó la conversación Franklin, a quien no le gustaban nada los alardes que su jefa exhibía frente al joven e inexperto policía apenas salido de la academia.

—Prometo porque sé que cumpliré —afirmó con rotundidad Françoise, muy seguro de su predisposición y compromiso.

—El muchacho cumplirá y, si tú no le pones demasiadas zancadillas y te comportas como un verdadero compañero, será un buen policía —defendió Raffaella al chico.

—No nos centremos en mí, señora, que me siento abrumado —quiso quitarse la incómoda conversación de encima.

—Y digo yo —intervino la española que se había hecho pasar por argentina—, ¿por qué no nos centramos en lo que nos toca? Por cierto, creo que no es bueno para la investigación que la disputa que tienen ustedes dos se prolongue por mucho tiempo más —la gaditana estaba acostumbrada a no callarse nada ante nadie, y no iba a ser ahora cuando lo hiciera, máxime cuando la razón estaba de su parte.

—Patricia lleva razón, mañana pediré mi traslado a otro caso o incluso a otra comisaría — declaró con convencimiento Franklin.

—Como quieras, George. Apoyaré tu traslado y pediré que envíen a otro inspector —afirmó la comisaria—. Ahora vamos a ver qué hemos sacado en claro de las escuchas que hemos realizado. George, recoge todo el instrumental y prepárate para irnos. Patricia, vuelve al bar y recoge tú también lo que hayas dejado por en medio, borra cualquier rastro de que has estado allí. Françoise tu conducirás hasta París. Yo, mientras tanto, iré a ver al dueño del bar y le daré las gracias.

Benjamín no se fue convencido de la reunión, la belleza de la chica le daba vueltas en su cabeza. Recordó que Casanova decía que los lunares en la cara de una mujer son equivalentes a los que poseen en otros lugares del cuerpo y se debatía en saber con qué parte de su anatomía se correspondía ese de cerca de su boca y seguía sin creerse la situación. En lugar de partir como sus colegas inmediatamente, prefirió dar una vuelta por el pueblecito. Salió hasta las afueras contemplando las inmensas montañas coronadas por la nieve.

El majestuoso bosque de abetos y pinos se levantaba ante sus ojos en una belleza solo mejorada por el arroyo que recorría el pueblo justo por el centro. Qué gusto poder fumarse un espléndido habano contemplando el trabajo del Creador.

Sus pasos lentos cavilando junto al río le llevaron poco a poco hasta la plaza, donde se sentó en un banco de madera muy bien conservado frente a un templo donde la banda de música tocaba los domingos por la mañana después de la misa de doce. El sol estaba en lo alto, serían como las tres de la tarde y no tenía hambre. Reconocía que los días normales, a las dos, ya no podía aguantar el apetito y debía comer. Sin embargo hoy apenas sentía necesidad. Lo que sí notaba era un cosquilleo en el estómago que le hacía sentirse inquieto, bien sabía que la causa de su inquietud era la muchacha,

primero su escandalosa belleza y luego su situación en la reunión. ¿Por qué quería él inmiscuirse en todo este embrollo? ¿Por qué sospechaba de ella?

Vio salir una furgoneta de la parte trasera del bar y no le dio ninguna importancia. Aunque el pueblecito no era demasiado turístico no le extrañó ver la Volkswagen. Se quedó boquiabierto, le encantó verla, era distinta a las que estaba acostumbrado a ver. Crafter Atacama de color bronce metalizado, cristales tintados y matrícula de París. «¡Increíble! Una furgoneta, multiván, todo terreno... Ya no se sabe qué es lo próximo que van a inventar», pensó para sí en voz baja. Mientras tanto desde la multiván, Patricia le indicó a Raffaella con el dedo que ese era el hombre que le había llamado la atención en el bar.

—Espero que no nos dé problemas —manifestó la rubia.

Apagó la ceniza contra el suelo sin desprenderse del resto de puro que le quedaba y se levantó para dirigirse a la cafetería, entró y pidió un café al camarero. La chica ya no estaba. Preguntó por ella, y el camarero le dijo que hoy era su último día de trabajo y que ya había terminado, mas él seguía sin estar convencido.

Se sentó en una mesa retirada del mostrador y se tomó tranquilamente el café, lo saboreó con tanto gusto como el puro frente al bosque —tengo que terminar con este trabajo, ya tengo edad de retirarme—, pensaba para sí cuando alguien se sentó a su lado.

—¡Abd el Rahman! No contaba con tu presencia por aquí —le recibió con su tono jocosamente de costumbre.

—Sabes bien a lo que vengo.

—¿Cómo lo voy a saber? Acabas de llegar y no me has dicho nada todavía —continuaba con su hablar poco serio.

—La reunión de hoy no me ha satisfecho nada, y sé que a ti tampoco.

—A mí es difícil, muy difícil satisfacerme, ya me conoces —quiso esquivar la conversación el judío.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—No, no sé a qué te referías, ¿a qué has vuelto aquí, después de la reunión? ¿Qué pretendes de mí? ¿Qué quieres ahora que no has podido preguntar cuando estábamos todos?

El israelí, que sentía un gran afecto por al árabe, no veía con claridad cuál era la causa real de la visita del anciano, una cosa era lo que el otro le quería preguntar y otra cosa era lo que de verdad quería saber y tenía que reconocer que hoy no era su día, primero con la chica argentina y ahora con Abd el Rahman. ¿Qué se traería entre manos el viejo? Y a él ¿qué le pasaba? ¿Por qué hoy no se daba cuenta de las cosas? Se estaba haciendo mayor, ya no tenía la mente lo clara que siempre la había tenido.

Años atrás no habría tenido ninguna dificultad en ver nítidamente las dos escenas de aquella mañana y sobre todo verlas venir. Benjamín había estudiado en la Universidad Internacional de Tel-Aviv en su juventud, donde fue reclutado por el Mossad. De allí marchó a Pensilvania donde se especializó en Prospectiva y Encriptación en la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos. Con la formación recibida y sus dotes naturales, pocas cosas se le escapaban de las manos.

Había ascendido a los más altos cargos del Servicio de Inteligencia Israelí y ahora que ya tenía edad de ir pensando en la jubilación es cuando más torpe se encontraba. Sin embargo solo era percepción suya, ya que su viva inteligencia y la claridad con que discernía sus pensamientos permanecían más agudas que en su juventud. Su mente poseía una capacidad de abarcar varios razonamientos al mismo tiempo. Sus posibilidades de memorización eran considerablemente mejores que cualquiera de sus colegas y con su particular ironía conseguía despistar a sus oponentes para que bajaran la guardia, y así obtener de ellos la información que necesitaba.

Solía quejarse de la modernidad. Eso de los pendrives, las tablets, los móviles, la miniaturización de cámaras de fotos y video y todos esos artilugios modernos quitaban encanto al hecho de espionar. Ahora resulta que robas una información, te la guardas en un pendrive diminuto y la puedes pasar por donde quieras, nadie se va a enterar. O te hacen un implante dentro de la piel con un microchip y ya no hay que disimular nada. El espionaje ya no es lo que era. Cualquiera puede ser ahora espía, —el espionaje es un arte, y esto de ahora es una mierda—, solía decir.

Aquella mañana no conseguía ver qué estaba pasando con el árabe y la chica..., algo era, pero no sabía qué. No obstante estaba ante Abd el Rahman, seguiría la conversación e intentaría reconducirla a

su terreno a ver qué era lo que realmente quería. Tras la extensa reflexión, encendió de nuevo la colilla del puro. Un camarero le llamó la atención. Él, cuyo lema es —hacer lo que quiera, siempre que lo quiera—, no iba a dejar de fumarse el puro porque lo dijera un niño. Le contestó con un *je ne comprends pas* y volvió a centrarse en la charla insistiendo en la última pregunta que le había hecho a su interlocutor sin hacer ningún caso a la indicación del camarero:

—¿Qué pregunta me tienes que hacer ahora que no has podido hacer antes? —interpeló el judío a su amigo.

—Yo, como todos sabéis, no tengo ninguna simpatía por los cristianos. Igual que tú. Pero este magnicidio me parece una locura. Se han juntado muchas cosas, y nos pueden llevar a un callejón sin salida —quiso aclararle Abd el Rahman.

—No sé por qué te preocupas. ¿Qué puede ser peor que lo que ya ha vivido la humanidad en siglos pasados?

—¿Te parece poco la Segunda Guerra Mundial? ¿O acaso la destrucción y muerte que hubo en la primera?

—Si lo miras bien y te colocas fríamente a la distancia adecuada, más muertes y en menos tiempo se llevó la gripe española que la Primera Guerra Mundial. Además ya solo son recuerdos en los libros. No queda nadie vivo de aquello —Benjamín expuso impasiblemente entre bocanadas de humo.

—Sí, pero ahora, se juntan las predicciones Mayas, que encima hemos hecho coincidir para crear más desasosiego en la población y también las profecías de Nostradamus. ¿No te parece que pueden ser muchas coincidencias?

—Vamos por partes. El mundo volverá a seguir vivo después del 20 de diciembre. Eso para empezar, y no temas por las poblaciones. Mira a nosotros los judíos, después de miles de años de historia y de vicisitudes, todavía tuvimos que soportar el holocausto, de eso todavía no han hecho ni 75 años y los que consiguieron permanecer vivos tuvieron una nueva vida. El orden mundial se reinventa todos los días y tras la tempestad vuelve la calma.

—No veo tu tranquilidad. Los cristianos no tienen ahora entre sus líderes políticos a nadie con carisma suficiente como para dirigirles —el árabe continuaba expresando sus inquietudes.

—Ni vosotros. Figuras como las de Nasser, Arafat, Hussein, no se prodigan ahora mismo en el mundo árabe. Y la deriva que estáis teniendo hacia la democracia, yo no sé muy bien a donde llegará, porque claro, ¿democracia sin igualdad? ¿Igualdad pero no con las mujeres ni con las religiones? Democracia no es solo ir a votar. Si no educáis a vuestros hombres y mujeres a respetarse mutuamente y no creéis que las religiones sean todas respetables no estáis haciendo democracia.

—¡Venga, no me jodas! ¿Y vosotros sí? ¡Venga, hombre! Que tú me digas, que vosotros..., precisamente vosotros, respetáis a las mujeres y las demás religiones, me hace mucha gracia —la disertación sociológica del judío no le agradó nada al árabe, que contemplaba con cierta desilusión como su amigo proseguía con su discurso político.

—Por supuesto que sí. Porque el respeto institucional que desde los estamentos oficiales se impuso hace ya bastantes décadas, eso cala en el pueblo, es más, te diría que ha sido al revés. Muchos de los habitantes de Israel ya eran contrarios a los actos de represión del gobierno al pueblo palestino, incluso antes de que desde el propio parlamento se tomaran medidas para minimizar los daños colaterales en la Intifada. Y a vosotros os está pasando lo mismo. Los pueblos que están reclamando la democracia, es porque necesitan cierta libertad —continuó el israelí su exposición.

—Bueno, bueno, eso de que necesitan libertad, más despacio. Mira, tú me conoces desde hace muchos años, y sabes que soy profundamente creyente. Nosotros hemos sido bastante condescendientes con el resto de religiones incluido vosotros, y no nos ha ido del todo mal. Pero desde que los extremistas están llegando al poder nuestra imagen se ha deteriorado. En esos países, mientras ha habido un cierto control, el resto de la gente ha podido más o menos vivir en paz. Pero ahora, desde que pasan a cuchillo a los que no se unen a su causa, la paz en esos mismos pueblos está mucho más comprometida y la gente, si se une a ellos, es muchas veces por miedo.

—Claro, y ¿qué pensáis hacer para que reine la democracia en esos países? Ahí lo tenéis.

—Mucho. Ahí no podrá haber democracia. Es más, yo te diría que ni siquiera en los países donde ahora mismo se están dando esos movimientos democráticos se desarrollará una libertad real.

—Bueno, pero ahora no divaguemos. ¿Qué te importa a ti lo que pase en el mundo? ¿A qué vienen esos lastimeros razonamientos? —volvió a preguntar indiferente Benjamín a su interlocutor.

—Ya te lo he comentado. Ahora mismo hay cierto desequilibrio político en el mundo. Hace muchos años, cuando empezamos en esto, lo teníamos claro, dos grandes bloques, los rusos y los americanos, tú con unos y yo con otros. Como una partida de ajedrez, uno contra otro. Y está claro, uno gana, pierde o se pospone el desenlace. Tres únicas posibilidades. Pero ahora. ¿Quién está detrás de todo? ¿Qué bloques están en lucha? Tú ¿con quién vas? ¿Y yo? ¿No ves esto demasiado complicado? —Se quejaba de nuevo el musulmán.

—¡Qué va, amigo! Nada de eso. Ni entonces ni ahora hay países detrás del juego, solo hay intereses. Y los dirigentes solo responden a eso, y estos nunca han sido en beneficio de sus ciudadanos. Y tú y yo no trabajamos por ellos, sino por los intereses... Esos que son etéreos y que mueven el mundo.

—Ya, y ahora, ¿qué intereses nos mueven? —preguntó cada vez más apesadumbrado el anciano árabe.

—Para unirnos a todos los que nos han reunido, tienen que ser muy importantes, mas no adivino a sospechar quién está detrás de todo. No olvides que apenas somos piezas del ajedrez. El que juega siempre está por encima, y nosotros, incluido el rey, no somos más que personajes en manos del jugador. Lo que sí está claro es que esto es gordo.

—Pues me voy conforme vine, sin aclarar nada contigo. No se puede decir que hayas aportado ninguna luz a mis oscuros presentimientos.

—Ni puedo hacerlo. Tus augurios están claros y están en lo cierto, porque además tú mismo eres ejecutor de ellos. No te sorprendas. Sí, eres cómplice en lo que va a pasar. A partir de ahí, ya construiremos. Ya veremos. Que Yahvé te acompañe, amigo.

—Que Alá te proteja

Ambos dieron por terminada la reunión. Abd el Rahman se levantó y salió sin volver la vista atrás. Por su parte Benjamín despidió cariñosamente a su amigo, se frotó la frente y agachó la cabeza colocándola entre ambas manos y permaneciendo un rato pensativo, terminó el puro, lo apagó contra el suelo, pagó la consumición y se marchó a la plaza, no sin antes soportar la reprimenda del camarero por apagar el puro contra el suelo, a lo que volvió a contestarle con un irónico *Je ne comprends pas*. Volvió a sentarse en el banco frente al templo, al cálido sol del mediodía, sin dejar de reflexionar acerca de la conversación mantenida con su amigo, recordando entretanto el sugerente lunar de la chica del bar.

«Qué viejo me estoy volviendo», pensó una vez más. Ni siquiera imaginarse a la muchacha le reconstituía. Ya no sabía si se trataba de una delicia erótica o se trataba más bien de un pensamiento que a modo de pieza de puzzle sin encajar le rondaba por la cabeza —qué viejo me estoy volviendo—, se repetía una y otra vez.



Lo que los servicios secretos de los gobiernos más importantes del mundo vienen negando sistemáticamente y jamás estarán dispuestos a admitir.

El Papa Martín VI sufre un atentado. La policía francesa detectó seis meses antes la conspiración que pretendía acabar con su vida, al parecer, ideada por un Club de magnates que se lo encargó a varias agencias de inteligencia internacionales cuyos países estaban al tanto y dispuestos a colaborar.

Los círculos cercanos al papa descubren la trama y presionan a sor Madeleine para que, con su intervención, consiga salvaguardar la institución. El cardenal Babilani, un anciano ya de ochenta años con una vitalidad envidiable, sin embargo, cree que el complot es obra de alguien que, desde la sombra, persigue algo más que el simple asesinato de Martín VI, es decir, la destrucción de la sociedad occidental para poder dominarla por completo.

Cuando comienzan a sucederse terremotos en Italia se da cuenta exactamente de lo que ocurre y organiza una expedición a la Antártida, a la base 211, donde se encuentra el gran misterio que tendrán que resolver. Una mujer es la esperanza para la solución de todos los males que aquejan al mundo.

